

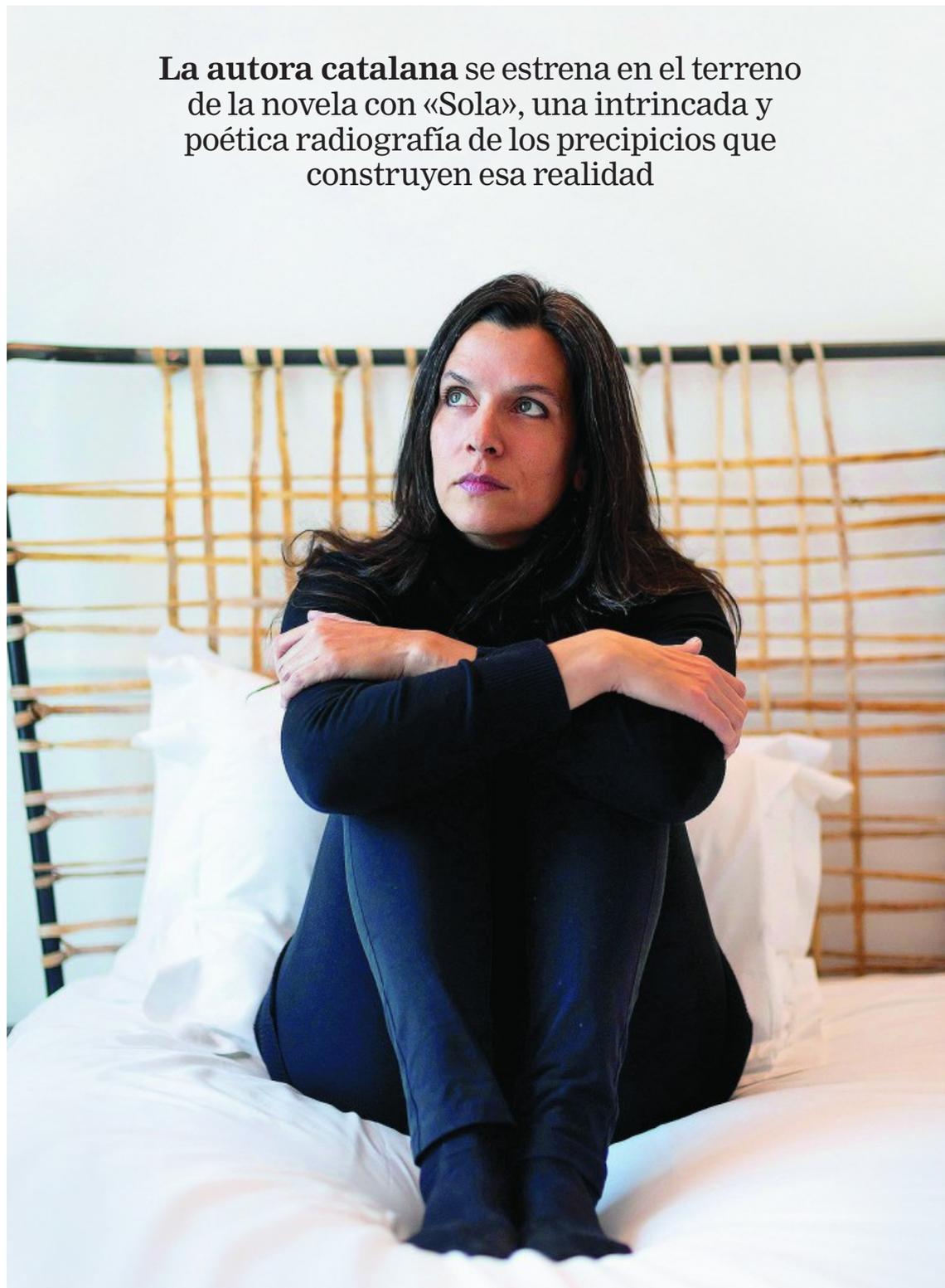
Marta Moleón. MADRID

Traduce, escribe, lee, fracasa y ronca. Si nos atenemos a la expresiva y sucinta descripción biográfica que figura en el perfil de Twitter de Carlota Gürt podemos incurrir en la idea de que las actividades cotidianas de la escritora no solo no distan en exceso de las de cualquier persona que se dedique profesionalmente al mundo de las letras –bramidos nocturnos incluidos–, sino que son lo suficientemente endemoniadas y reconfortantes como para practicarlas sin miedo. Tras más de diez años dedicada plenamente a la traducción y avalada en términos de escritura por un compendio de cuentos llamado «Cabalgando toda la noche» que en el año 2019 le hizo merecedora del reconocido Premio Mercè Rodoreda, la autora catalana se inicia en el terreno de la novela con «Sola» (Libros del asteroide), una radiografía intrincada y poética de la complejidad que entrañan los distintos tipos de soledades y los diferentes precipicios a los que en ocasiones la propia libertad se asoma que ya va por la segunda edición.

Atravesada por las sombras del pasado y alejada de la condición de trasunto, el peso narrativo de la historia recae en esta ocasión sobre los hombros de una mujer, Mei, que sobrepasa los cuarenta y que después de concatenar una serie de infortunios relacionados con el trabajo (un despido inminente) y con el matrimonio (una apatía conyugal desalentadora) se ve en la necesidad de encontrar refugio en la reclusión voluntaria que tiene lugar en la antigua masía familiar con el fin último de escribir la gran novela que lleva años rondándola. Tratándose de un debut, Gürt reconoce en entrevista con este periódico que tenía demasiadas cosas que demostrarle: «Me parecía que no sería capaz de escribir una novela, lo veía demasiado complicado: aguantar la tensión tantas páginas, crear una historia suficientemente potente, etc. En el fondo, también empecé a escribir para llevarme la contraria: toda mi vida me había considerado una persona poco creativa, demasiado científica (era la típica niña que sobresalía en matemáticas). Creo que es interesante buscar tus propios límites, autocuestionarte. No sabemos de lo que somos capaces hasta que lo intentamos. Y fracasamos. O no», asegura. Y unas cuantas restantes que observar con detenimiento: «Paramí, lo cotidiano puede ser la base de la ficción tanto como lo puedan ser elementos más

# Las soledades elegidas de Carlota Gürt

La autora catalana se estrena en el terreno de la novela con «Sola», una intrincada y poética radiografía de los precipicios que construyen esa realidad



ENRIQUE CIDONCHA

La escritora catalana durante la promoción en Madrid

insólitos. No es, creo, una cuestión de trascendencia, sino de proximidad con la vida real». ¿Y qué hay más real que sentirse solo? Ese acercamiento a lo puramente terrenal subrayado por la escritora, se reconoce en la soledad que experimenta el personaje de Mei, cuyas circunstancias han convertido la suya personal en elemento impuesto, pero también en circunstancia elegida. «En el fondo,

**«La soledad, en cierto modo, es la sensación de que nadie sabe ni quiere saber quién eres»**

son lo mismo, –indica Gürt– pero cuando decimos “elegida” nos centramos en ver los aspectos positivos, mientras que cuando la tildamos de “impuesta” nos centramos en los negativos. Ambas caras existen en todas las soledades: como en cualquier cosa hay una parte buena y una mala, la diferencia es nuestra capacidad para ver solo, o sobre todo, una de esas dos partes. La mirada sesgada es siempre un

engaño». Gürt cree que miramos con escepticismo a una persona que está comiendo sola en un restaurante o en una butaca de cine porque «tenemos un doble rasero para la soledad»: o la interpretamos como «algo trágico, triste, aborrecible o la consideramos como un síntoma de ineptitud social o de misantropía», afirma. Y apostilla: «Nos cuesta vivir en los grises, el blanco o negro es más práctico, porque le da un mensaje claro al cerebro para interpretar el mundo, para funcionar. Pero las cosas son más complejas: puede que alguien esté solo por misantropía y, a la vez, la soledad le resulte trágica; puede ser también que estemos felizmente solos sin que eso tenga una lectura negativa. Yo prefiero ir al cine sola que acompañada, y me encanta comer sola en un restaurante. La soledad no es eso. La soledad es más sutil, es una gota malaya de momentos que te van perforando el alma: una única gota no supone un problema, el problema viene con la sucesión de gotas».

## Necesidad de gritarlo

Cuando la preguntamos por la moda de la autoficción dentro del panorama literario actual y ese empeño sistemático de las voces emergentes por la exposición desacomplejada de lo que podría ser considerado de evidente ombliguismo autorreferencial, la escritora no duda en posicionarse. «Yo no escribo autoficción. Es indudable que cuando escribes metes siempre un pedazo de ti en el texto, de modo que en cierta forma todo tiene siempre algo de autoficción. La autoficción pura me interesa, pero también me cansa. Seguramente abusamos de la autoficción, pero es inevitable: nos refleja como sociedad, como individuos que ya no sabemos quiénes somos y necesitamos explicarlo, explicarnos. Diría incluso que es un síntoma de la soledad en la que vivimos: la soledad en cierto modo es la sensación de que nadie sabe ni quiere saber quién eres, de ahí la necesidad de gritarlo, de escribirlo».

Madre de tres hijos, algo que sobre todo los primeros meses «es muy absorbente» porque «te diluyes en la familia, pero lo haces porque te apetece y puedes ser precioso y a la vez asfixiante» y habilidosa exploradora de la belleza del lenguaje, Gürt añade, segura de la masculinidad imperante del canon: «Forma parte también de la manera de mirar y de leer de las mujeres. Y con la mirada canónica en el ámbito literario pasa como con el Catolicismo en España, que lo impregna todo. Nuestra palabra siempre ha existido, pero en menor cantidad».